Benjamín Labatut

La piedra de la locura

nuevos **cuadernos anagrama**

LA PIEDRA DE LA LOCURA

BENJAMÍN LABATUT

ANAGRAMA
nuevos **cuadernos**

Edición en formato digital: octubre de 2021

© imagen de cubierta. Iookatcia.com
© Benjamín Labatut, c/o Puentes Agency, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021
Pedro de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4356-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

La crisis consiste precisamente en que lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer: durante este interregno surgen los más variados síntomas mórbidos.

ANTONIO GRAMSCI

LA EXTRACCIÓN DE LA PIEDRA DE LA LOCURA

Durante el verano de 1926, el escritor Howard Phillips Lovecraft percibió la sombra de un nuevo tipo de horror.

Aunque apenas fue capaz de hallar las palabras para describirlo, pudo cristalizar algunas de sus visiones en un cuento que tituló «La llamada de Cthulhu»… una historia que alerta a nuestra especie sobre el regreso de un antiguo terror y el peligro de traspasar nuestros límites, al mostrarnos lo que puede estar allí, dormido, esperándonos. «Creo que el hecho más misericordioso del mundo es la incapacidad de la mente humana para relacionar todos sus contenidos», escribió Lovecraft. «Vivimos en una isla de plácida ignorancia en medio de negros mares de infinito, y no estamos destinados a viajar muy lejos. Las ciencias, cada una avanzando en su propia dirección, nos han perjudicado poco hasta el momento: pero algún día la suma de todo ese saber disgregado abrirá una perspectiva tan aterradora sobre la realidad, y sobre el espantoso lugar que ocupamos en ella, que nos volveremos locos producto de esa revelación, o huiremos de la luz hacia la paz y la seguridad de una nueva edad oscura.» En el cuento, un hombre va tras los pasos de una secta que intenta despertar a un dios antediluviano sumido en un sueño eterno. Durante su búsqueda. el protagonista se topa con reportajes y noticias sobre extraños brotes de histeria colectiva, pánico, locura grupal y arrebatos de manía, todos relacionados con tres pequeñas estatuas de un ídolo cuya forma, completamente antinatural, parecía estar dotada de una malignidad intrínseca. Una de esas efigies fue modelada en arcilla por un escultor de Rhode Island, quien vio la silueta del ídolo durante una pesadilla

particularmente vivida; otra fue confiscada por un policía que participó en una redada durante la celebración de un rito vudú en los pantanos de Nueva Orleans, mientras que la tercera cayó en manos de un marinero noruego, quien la encontró en los farellones de una isla ciclópea que surgió de golpe en medio de las olas del Pacífico Sur, una tierra maldita cuyos colosales paisajes violentaban las leyes de la perspectiva, creando un entorno tan anómalo que uno de los compañeros de barco del noruego perdió la cabeza luego de contemplar algo demasiado horroroso como para poder ser comprendido: un ser descomunal e incrustado de tantas capas de tiempo que hacía que no solo la humanidad sino el mundo entero pareciera joven y fugaz en comparación.

«La llamada de Cthulhu» fue inspirado por un sueño del propio Lovecraft. Lo describió en una carta que envió a su amigo, Reinhardt Kleiner: durante su ensoñación, Lovecraft intentaba vender un espeluznante bajorrelieve, que había esculpido con sus propias manos, a un museo de antigüedades de Providence, su ciudad natal. Cuando el anciano curador del establecimiento se burló del escritor por tratar de hacer pasar una obra de arte recién manufacturada por una verdadera antigüedad. Lovecraft le respondió: «¿Por qué dices que este objeto es nuevo? Los sueños del hombre son más antiguos que Egipto, más arcaicos que el misterio de la Esfinge o que los jardines de la eterna Babilonia. Y esto fue creado en mis sueños.»

Dos años después de la publicación del cuento de Lovecraft, David Hilbert, sumo sacerdote de las matemáticas del siglo XX. finalmente se jubiló.

Fue el matemático más importante de su época, y ejerció una gigantesca influencia desde la Universidad de Gotinga, la institución matemática más ilustre del mundo durante las primeras décadas del siglo pasado. Hilbert estableció un programa espantosamente ambicioso para determinar si toda la riqueza de las matemáticas podía construirse sobre un puñado de axiomas lógicos incuestionables. Fue un intento desesperado por rescatar a su querida disciplina de la crisis mortal en la que había caído, causada por nuevas ideas que habían ampliado el universo matemático de forma descomunal, dejando al descubierto paradojas irresolubles y

contradicciones lógicas que amenazaban con echar abajo todo su edificio teórico. El programa de Hilbert buscó desenterrar los cimientos últimos de las matemáticas; históricamente, coincidió con el abrupto surgimiento de ideologías fascistas a lo largo de Europa, y también fue —aunque quizás solo de forma inconsciente— un intento por hallar tierra firme y contener el avance de una extraña sinrazón que parecía estar extendiendo sus garras no solamente sobre el paisaje político, sino por debajo de la piel de la ciencia humana más racional de todas, como si estuviese brotando de la herida abierta por pioneros como George Cantor, quien había transformado radicalmente las matemáticas al expandir nuestra noción del infinito. Las extravagancias del infinito y las delirantes formas del espacio no euclidiano fueron solo dos de las fuerzas que comenzaron a horadar nuestra firme confianza en que los fenómenos naturales pudiesen ser capturados con un cepo hecho de números, y la atroz complejidad del mundo fuese domada con prístinas ecuaciones y teorías inequívocas. Hilbert y sus seguidores tuvieron que luchar contra una marea creciente a medida que descubrían reinos matemáticos casi imposibles de entender. Múltiples escuelas, con puntos de vista muy distintos —como el «logicismo», el «formalismo» y el «intuicionismo»— intentaron atrapar el corazón de las matemáticas, fuera para incrustarlo de vuelta en un orden clásico o para liberarlo de los grilletes de un modo de pensar anacrónico y anticuado.

Después de jubilarse, en el otoño de 1930, Hilbert dio una clase magistral en Kóningsberg. la ciudad donde había nacido poco más de setenta años antes. Se presentó ante la Sociedad de Científicos y Médicos Alemanes y habló extensamente sobre las ciencias naturales, la importancia de las matemáticas en la ciencia y la preponderancia de la lógica en las matemáticas. Afirmó, enfáticamente, que nunca debemos aceptar lo incognoscible, que para la ciencia no hay problemas insolubles, que no existe ningún límite ontológico a nuestro conocimiento, y que nada debería ser considerado, a *priori*, más allá de nuestro alcance. Lleno de orgullo germánico. Hilbert culminó su sermón a punto de reventar, proclamando a viva voz: «*Wir müssen wissen! Wir werden wissen*!» «¡Tenemos que saber! ¡Lo sabremos!»

Casi medio siglo después, en 1977, el escritor de ciencia ficción Philip Kindred Dick dio una charla en Metz, una ciudad en el noroeste de Francia.

Todavía se puede encontrar el video en internet: la calidad del audio es terrible, y hay que esforzarse para entender lo que dice, aunque, en realidad, lo que dice apenas tiene sentido alguno. El texto que lee se titula «Si te parece que este mundo es malo, tendrías que ver algunos de los otros», y sus desvaríos nos dan un atroz presagio del extraño futuro que. allá por los años setenta, parecía estar galopando hacia nosotros, uno que hoy habitamos por entero. Dick habla de la tensión entre la alucinación y la realidad que caracteriza toda su obra; considera la posibilidad de que existan líneas de tiempo ortogonales, mundos paralelos que intersectan el flujo lineal del acontecer en noventa grados y que luego se separan y ramifican hasta el infinito: medita sobre el eternalismo y el concepto de «bloque de tiempo» que propuso Einstein, donde todos los instantes son actuales, y donde no hay un pasado en el cual apoyarse ni un futuro que conquistar, solo un presente sin fin, extendido hacia la infinidad: habla de una deidad inmanente, con «mil cuerpos de Dios colgados como si fueran trajes en un closet gigantesco», y nos ruega que consideremos, aunque sea por un instante, todo el cosmos como si fuese una sola entidad consciente. Cuando parece que Dick no puede viajar más lejos en el paisaje paranoico, postula una idea que hoy está a punto de volverse de sentido común, a medida que la realidad muta y toma formas que desafían nuestra credulidad: a saber, que nuestro mundo, esta sólida masa de roca que habitamos, no es verdaderamente real, sino que deberíamos pensar en él como en un simulacro, o una simulación.

Lo que aterra de aquel discurso de Dick no es la idea en sí misma: después de todo, esa noción del mundo como simulacro ha sido popularizada desde entonces por múltiples películas de Hollywood, y muchos de nosotros desperdiciamos una buena parte de nuestros días jugando en mundos sintéticos, haciendo realidad nuestras fantasías más perversas. Lo que nos hace estremecernos al escuchar al mejor escritor de ciencia ficción de finales del siglo XX sentado allí, en lo alto del podio del Festival

Internacional de Ciencia Ficción de Metz, es que habla en serio: Dick no bromea (y se lo recuerda varias veces al público, con una expresión

levemente malévola en su rostro) cuando dice que nuestro mundo no es real. «La temática de este discurso es algo que ha sido descubierto recientemente, y que puede que no exista en absoluto. Puede que yo esté hablando sobre algo que no existe. Por ende, tengo absoluta libertad para decir todo y nada. (…) En mis historias y novelas suelo escribir sobre mundos falsos.

Mundos semirreales, y otros mundos privados, retorcidos y trastornados, habitados por solo una persona. En ningún momento tuve una explicación teórica o consciente para mi fascinación con esta pluralidad de seudomundos, pero ahora creo entender. Lo que yo estaba sintiendo era el abanico de realidades parcialmente materializadas que intersectan la que es, evidentemente, la más actualizada de todas: aquella sobre la cual la mayoría de nosotros está de acuerdo, según *consensus gentium*.»

Dick se había tropezado con estas y otras ideas luego de sufrir una experiencia que alteró su mente por completo: el 2 de marzo de 1974, abrió la puerta de su casa para recibir un paquete, vio a una mujer que llevaba un collar en forma de pez y en ese momento un destello de luz neón le atravesó el cráneo y le dijo que el Imperio romano no había acabado nunca, que los soldados seguían cazando a los fieles en las calles de la eterna Galilea y que su pequeño hijo sufría de una enfermedad mortal no diagnosticada, lo que luego fue confirmado por un médico. Ese golpe de luz desencadenó una tormenta de información que rugió dentro de su cerebro y lo acompañó hasta el día de su muerte, inspirando sus libros más radicales. Dick pasó ocho años considerando la realidad de una manera que ninguna persona sana podría hacerlo, tratando de entender una experiencia que era claramente incomprensible. porque no podía ajustarse a ningún esquema de pensamiento moderno. Sin embargo, en sus sueños locos, en su maravilloso delirio, él sintió la resaca y el tirón de corrientes subterráneas que han comenzado a despedazar nuestro mundo.

El horror atávico de Lovecraft —ese eco profundo que anuncia el retorno de creencias arcaicas y modos premodernos de sentir y de pensar—, la lógica radical de Hilbert y las múltiples realidades de Dick se han fusionado para creer la imagen de un cosmos inaudito que no está regido por un orden, sino que se nutre del caos. Si cerramos bien los ojos, casi

podemos sentir los tentáculos de los demonios de Lovecraft serpenteando bajo nuestros pies, golpeando el tamborcito que aviva el baile de las teorías conspirativas, alimentando el temor de que, por detrás de las cosas, escondido en el fuero interno y secreto de hombres y mujeres aparentemente normales, latan el mal y la más profunda irracionalidad. Del intento de Hilbert por reducir todas las matemáticas, e incluso todas las ciencias, a la mera lógica, cosechamos la manzana envenenada de los teoremas de incompletitud de Kurt Gódel: estos probaron, más allá de toda duda, que cualquier sistema formal, si es lo suficientemente robusto como para expresar las operaciones de la aritmética, será incompleto, ya que contendrá verdades que, siendo verdaderas, no se podrán probar con las reglas de ese mismo sistema: Gódel también demostró que si un sistema es completo —sí efectivamente puede probar todas sus verdades— será inconsistente, porque estará plagado de contradicciones internas que le permitirán validar cualquier enunciado y también su negación. Una verdad y su opuesto. Juntos, los dos teoremas de Gódel apuntan directo a los límites de la lógica, límites más allá de los cuales aún no hemos podido mirar. Mientras que Lovecraft y Hilbert prepararon, cada uno a su manera, el escenario para el confuso reino que habitamos, lo que ha tomado la delantera es la visión enloquecida de Dick: sus sueños paranoicos, sus alucinaciones metafísicas, sus iluminaciones inducidas por las drogas y sus desquiciados mundos que no paran de multiplicarse, y que anidan el uno dentro del otro, han pasado a ser parte de nuestra experiencia cotidiana, nos guste o no. Más que en cualquier otro lugar, hoy vivimos en el mundo de Dick, una pesadilla plural y demente en la cual nunca podemos creer del todo en lo que vemos, sentimos y escuchamos, o incluso en lo que pensamos. Lo real está fuera de nuestro alcance. Nuestras vidas se han vuelto tan extrañas e inciertas como el reino cuántico. Lo falso y lo simulado parecen estar asfixiando la verdad, mientras que los aspectos ficticios de la existencia asedian el tabernáculo de la razón.

¿Por qué nos acecha la sensación creciente de que nada tiene sentido? ¿Por qué sentimos que el mundo se va a acabar? Hasta hace poco, la mayor parte de nosotros podía ignorar fácilmente la locura; los hombres y las mujeres enajenados, con sus visiones torcidas de la realidad, tenían poco que decirnos. Pero las cosas han cambiado. Una cierta demencia se ha

infiltrado en el mundo, gota a gota, y está tomando cada vez más fuerza. Ya no podemos simplemente desdeñar la paranoia, ni tampoco podemos confiar, con absoluta certeza, en que la ciencia —o incluso nuestros propios sentidos— será capaz de mostrarnos el mundo tal como es. Debemos aprender a ver las cosas bajo una luz nueva, porque la llama de la razón ya no alcanza a iluminar el complejo laberinto que va tomando forma lentamente (aunque algunos dirían que está siendo construido) a nuestro alrededor.

En 2020 publiqué un libro titulado *Un verdor terrible*, en el cual trenzo algunos de los hilos que forman la red de asociaciones, ideas y descubrimientos que dieron origen a la química, física y matemática modernas, porque esas disciplinas —junto con el súbito estallido de las tecnologías de la comunicación, la biología y la computación— se encuentran en la base de nuestra cosmovisión actual. Si bien esa perspectiva racional e ilustrada aún es poderosa e imponente, se está resquebrajando. Los bordes de la realidad han comenzado a sangrar, y muchos tenemos la sospecha —una sospecha que confirmamos todas las noches al soñar, o cada vez que prendemos el televisor— de que esta pequeña ciudadela. el castillo de razón y orden que hemos construido, está rodeada por todos lados, y que sus muros, sin importar cuán altos los elevemos, pueden ser fácilmente derrumbados, no solo por quienes los asaltan desde afuera, sino también por las fuerzas que los embisten desde adentro. Desde que apareció mi libro, me han hecho muchas veces aquella pregunta que figura en uno de sus capítulos: ¿cuándo dejamos de entender el mundo? ¿Alguna vez comprendimos la realidad? ¿Podemos siquiera aspirar a ello, o acaso se trata de algo que está completamente fuera de nuestro alcance, un sueño infantil, un resabio de la Era de la Razón que ahora está cabalgando desbocadamente hacia su fin? Estas preguntas, que se han vuelto tan urgentes, fueron, hasta hace muy poco tiempo, si no impensables, fácilmente ignoradas, porque el planeta entero parecía viajar sobre rieles, hipnotizado por una sola forma de hacer las cosas.

Yo sentí esto con particular intensidad en Chile, el país donde vivo: aquí, luego de los años de pesadilla de la dictadura de Pinochet, todos nos sumamos a la fila, bajamos la cabeza y seguimos las reglas. No había más que un camino por donde avanzar, y prácticamente nadie se atrevió a

cuestionar lo que estaba pasando a medida que una forma de capitalismo neoliberal especialmente perversa empezaba a adueñarse de nuestra nueva democracia, enredando todas las hebras de nuestro tejido social alrededor de sus garras. Casi todos nos quedamos callados, porque casi todos sentíamos miedo. Miedo al cambio, miedo a volver a la bestialidad, miedo a que regresaran los hombres armados en medio de la noche, miedo a que abrieran nuestras puertas a patadas y nos arrastraran a las cámaras de tortura que los servicios secretos habían dejado esparcidas a lo largo del país, al interior de casas que, si uno las viera de reojo, juraría a pies juntillas que eran hogares comunes y corrientes, sin saber que en su interior habían ocurrido escenas infernales que ni siquiera Lovecraft podría haber imaginado. Jóvenes y ancianos, mujeres embarazadas, niños y niñas pequeñas: la electricidad fluyó a través de todos, mientras que perros y ratas fueron entrenados para hacer cosas indescriptibles. Sin embargo, los militares no volvieron. Pinochet finalmente murió, y entramos en un largo periodo de calma y normalidad. El país se quedó dormido, y nuestros sueños revolucionarios, la idea de que podíamos construir un mundo mejor y más justo, fueron sepultados bajo la ideología del crecimiento económico. Pero los bebes despiertan aullando, y, durante octubre de 2019, una gigantesca erupción de ira social dejó al país de rodillas. Fue un cataclismo que nos golpeó con una violencia tan súbita que cuando mis compatriotas y yo mirábamos a nuestro alrededor éramos incapaces de reconocernos. Azotados por mil vendavales distintos, mareados por la ansiedad y enfermos de incertidumbre, vimos cómo nuestro orden tan preciado, aquel que nos había protegido del caos que siempre parecía dominar a nuestros vecinos de Latinoamérica, estaba sufriendo una devastadora implosión, como si fuera una vieja estrella que había agotado todo su combustible nuclear y que ahora caía sobre sí misma catastróficamente, formando un agujero negro, con todas sus líneas temporales, todas sus trayectorias futuras, apuntando a un solo punto. Lo más desconcertante es que nadie —ningún político, científico, líder social o artista— era capaz de explicar lo que estaba sucediendo. Se sintió como una verdadera revolución espontánea, que se alimentó del abrupto resurgimiento de deseos reprimidos que habían estado latentes en nuestra psique nacional durante décadas, y al principio muchos de nosotros fuimos arrastrados por una gran ola de optimismo. Tal vez íbamos a poder deshacernos, finalmente, de los grilletes

con que nos habían mantenido atados, controlados y restringidos siguiendo el camino del diablo, un decálogo que había sido cincelado en piedra por el régimen militar, y que no habíamos sido capaces de alterar significativamente en más de treinta años de elecciones democráticas. Cientos de miles de personas salieron a las calles. Preso del pánico, el gobierno declaró un toque de queda nacional para tratar de contener la revuelta y desplegó a las fuerzas militares para reprimir a la población por primera vez desde el fin de la dictadura. Pero no hubo forma de evitar la escalada masiva de las protestas, y una multitud de más de un millón de personas marchó por el cambio. Y, sin embargo, en cosa de días la avalancha de solidaridad inicial dio paso a saqueos, actos de vandalismo y disturbios. No solo nuestras principales ciudades, sino también pequeños pueblos y localidades rurales dejadas de la mano de Dios, que nunca habían conocido ese tipo de violencia, se vieron envueltos en llamas. Los caminos y carreteras fueron bloqueados por cientos de personas que demandaban cientos de cosas distintas. La represión de nuestra policía militarizada se volvió intolerable: si eras lo suficientemente valiente como para marchar, aunque fuera de forma pacífica, corrías el riesgo de que te volaran los ojos de un disparo. Nadie era capaz de canalizar las fuerzas que se habían desatado y la plaza ubicada en el ombligo de la capital se convirtió en un campo de batalla. A medida que la violencia de las protestas se fusionó con la violencia del Estado, cada vez más personas sucumbieron al temor. Muchos no se atrevían a salir de sus casas.

La tormenta desencadenada por la crisis social azotó al país durante meses. Cuando nos golpeó la pandemia, ya estábamos de rodillas. Esta nueva calamidad, aún más extraña, nos dejó aturdidos y completamente aislados los unos de los otros. Habíamos empezado a construir algo nuevo —de hecho, estábamos a punto de elegir a los representantes para redactar una nueva Constitución, justo antes de entrar en cuarentena—, pero el pandemonio de las protestas había dejado poco más que ruinas y escombros, cenizas de los gigantescos fuegos que no alcanzábamos a apagar antes de que alguien viniera a encender el siguiente. El proceso de metamorfosis que habíamos comenzado como nación estaba fuera de nuestro control, y ahora avanzábamos en espiral, incapaces de distinguir si nos encumbrábamos a lo alto, hacia un futuro más luminoso, o si estábamos

socavando el suelo bajo nuestros pies. Porque tampoco habíamos visto ninguna señal de advertencia: después de todo, cuando estalló la crisis social, nuestras cifras macroeconómicas señalaban que estábamos mejor que nunca. Y los números no mienten, ¿verdad? La generación que inundó las calles había tenido una mejor educación y contaba con más recursos que sus padres. Solo un par de semanas antes de que se desatara el caos, el país estaba tan calmo y tan tranquilo que el idiota de nuestro presidente comparó Chile con un oasis, un remanso de tranquilidad en Latinoamérica, inmune al vendaval de violencia política y social que estaba rugiendo no solo en la región sino a lo largo del mundo entero, incendiando las calles de Hong Kong. París, Londres, La Paz, Praga, Berlín, Bogotá, Beirut, Puerto Príncipe, El Cairo, Budapest, Harare, Seúl, Yakarta. Teherán, Bagdad, Nueva Delhi, Manila y Moscú, entre tantas otras ciudades, y que había encumbrado al poder a lunáticos como Jair Bolsonaro, Donald Trump y Boris Johnson. A pesar de su enorme potencia, nuestra deslumbrante revolución tuvo una cualidad muy especial: carecía de una narrativa central. Representó algo distinto para cada persona. Su naturaleza amorfa hizo que fuera capaz de adoptar casi cualquier significado. Al no estar definida, lo contuvo todo. Aunque eso le dio una escala colosal y una fuerza inaudita, también socavó el proceso, porque nadie estaba seguro de por qué estábamos luchando, por qué habíamos llegado a ese punto de inflexión y cómo íbamos a salir adelante. El país parecía mutar de un día a otro, y las demandas sociales eran tan amplias, variadas e indefinidas que las elites económicas y políticas que habían acaparado el poder tan cómodamente durante tres décadas se vieron de súbito indefensas, débiles e incapaces de responder al coro de voces que clamaba a gritos por una transformación rápida y radical. Ebrios de furia, borrachos por nuestro deseo de cambio, fue como si hubiésemos desenterrado la torre de Babel; de pronto todos hablábamos en lenguas distintas, incapaces de comunicarnos los unos con los otros excepto a través del leve temblor que sentíamos por debajo de nuestros pies, un estremecimiento que recorría el suelo y que hacía que todo se moviera, al igual que si hubiésemos invocado, con nuestros cánticos y plegarias, a un titán dormido, un cíclope que estaba sacudiéndose el país de la espalda a medida que se ponía de pie. El movimiento de protesta no tuvo una sola causa, ni un principio guía, ni un líder, ni siquiera un simple eslogan detrás del cual todos pudiéramos reunimos, salvo por esa frase, que

coreábamos sin parar, pero que rápidamente adquirió tintes siniestros: «¡Chile despertó! ¡Chile despertó! ¡Chile despertó!» Sí, Chile había despertado, pero ¿qué vimos una vez que nuestros ojos se acostumbraron a esa luz deslumbrante? Un confuso entramado de violencia y esperanza, un reflejo del presente en cambio continuo, un fulgor que desafiaba el sentido común porque se había fragmentado en demasiadas perspectivas. A medida que las personas grababan y compartían las escenas de la primavera chilena con sus teléfonos celulares, parecía como si quisieran crear, mediante el inmenso volumen de información que producían de un minuto a otro, una nueva imagen de nuestro país. Pero ¿cuántas personas, habiendo visto esa imagen, no desearon más que volver a dormir y regresar a la tranquilidad del sueño? No había ninguna forma clara de unir todas las chispas y aglutinar las múltiples conflagraciones en un frente de llama coherente, porque lo que estaba pasando era algo tan nuevo —pero avivado, a la vez, por los pecados, abusos e inequidades de nuestro pasado reciente— que no lográbamos comprenderlo. No fue un golpe de Estado, no fue una insurrección armada, ni tampoco fue producto, como sí lo había sido antes, del esfuerzo de países extranjeros que buscaban derrocar nuestro Gobierno. «Estallido social», fue como lo llamaron los medios, porque esa era la única cosa que sabíamos con certeza: había sido una explosión, un apocalipsis, un gigantesco surgimiento de una vitalidad primordial, lovecraftiana. nutrida por ese extraño reflujo a través del cual las energías reprimidas se cuelan en el presente, trayendo de vuelta todas las cosas que hemos decidido esconder, olvidar o negar. Fue una maravilla, una especie de milagro que desafió todas las interpretaciones, y que borró la lógica prevalente en un instante. Un big bang chileno. Nuestra propia singularidad.

El documentalista Adam Curtís ha intentado explicar el sinsentido que están padeciendo muchas sociedades, movimientos sociales y revoluciones populares como el fruto de una crisis de la imaginación: «Este puede ser un momento en que todas las viejas historias que le dieron sentido al mundo estén colapsando. En este instante, antes de que llegue la próxima gran historia, una masa informe de billones y billones de fragmentos sin ningún sentido está precipitándose para tratar de llenar este vacío. Y por un breve lapso de tiempo en la historia quedamos sumergidos en un mundo que está

completamente desprovisto de significado. Pero luego, desde un lugar que hoy no podemos siquiera imaginar, alguien empezará a ensamblar todos esos fragmentos de una forma completamente nueva. Y de ahí surgirá la próxima gran historia». El fracaso de nuestras grandes narrativas en reflejar cómo se siente estar vivo durante la segunda década del siglo XXI y el colapso de ese don divino que nos permite poner la realidad en palabras y dar sentido a lo que nos rodea para compartir una historia común seguramente están en la base de nuestra confusión actual, y de nuestra casi total desorientación. Pero sospecho que hay algo más: no tenemos historias para explicarnos adecuadamente porque estamos atrapados en una carrera alocada, desencadenados del pasado y sin nada que nos ate a una imagen fija del futuro, libres de cualquier tipo de restricción pero completamente perdidos. Víctimas de la velocidad, nos hemos convertido en alciones, martines pescadores que se desploman en picada, con los ojos cerrados, aturdidos por nuestro propio movimiento. Es como si hubiésemos caído presos de un voraz proceso de total imprevisibilidad. Se siente como si nos estuviéramos «saliendo del libro».

En 1863, todos los partidos del Campeonato Mundial de Damas terminaron en empate. La explicación es simple: ese juego había sido tan ávidamente estudiado y analizado hasta en sus más mínimos detalles que los jugadores conocían de antemano las mejores aperturas y estrategias, los ataques ideales y sus contrataques. La gente se dio cuenta de que era posible jugar un partido perfecto simplemente siguiendo los pasos establecidos en *El Libro.*, una gigantesca compilación de todos los movimientos imaginables. Después de las damas, se aplicó el mismo proceso al ajedrez: sin embargo, la complejidad de este segundo juego es tan grande que muy a menudo dos personas pueden alcanzar un punto de absoluta originalidad, una configuración de piezas sobre el tablero que nunca ha sido vista antes. A eso se le llama «salirse del libro», y yo creo que hemos llegado a un momento similar, un momento en que una gigantesca ola de novedad se está derramando sobre el mundo, y aunque hayamos enfrentado muchas transformaciones de este tipo en el pasado, la velocidad, la violencia y el alcance de la crisis actual no tienen parangón.

La irrupción de lo nuevo es un proceso traumático. Hoy, los monstruos y maravillas de la ciencia y de la tecnología nos tienen paralizados.

Debemos hacer un esfuerzo constante para no ahogarnos entre las rompientes de una interminable marea de cambios, mientras los poderes políticos y económicos nos apalean hasta la sumisión, y las grandes compañías que habían prometido «no hacer el mal» nos espían con su enjambre de algoritmos. Frente a esta verdadera avalancha de transformaciones, a esta orgía de lo nuevo, no podemos sino temblar, al igual que si estuviéramos viendo la cabeza de una criatura mitológica surgiendo de las aguas del mar: niega las categorías de nuestro pensamiento, nos hace añorar la seguridad del pasado, nos obliga a cerrar los párpados y rezar para que nos pase de largo, para que no nos consuma el fuego de su mirada, y nos deja aislados, tiritando en la falsa seguridad de nuestro mundo interior. Más que cualquier otra cosa, quisiéramos desterrarla, enviarla de regreso al infierno del que ha surgido. Pero no podemos. La realidad, a diferencia de las sublimes historias de terror que nos regaló Lovecraft, no se adapta a nuestros deseos. Tiene una extraña voluntad propia. Nos quedamos con esa pregunta angustiante, aquella que solo nos hacemos cuando estamos cara a cara con el horror absoluto o cuando un verdadero milagro nos deja mudos: ¿esto es rea/? Es la pregunta que se hacen los niños cuando logran escapar de la pesadilla. Es lo que pensamos al despertar dentro de los fierros retorcidos de un auto luego del choque que nos podría haber costado la vida, pero también es lo que sentimos, casi a diario, al prender nuestros televisores, o al revisar las últimas noticias en nuestros teléfonos móviles: ¿esto es real? Ya no hay una respuesta simple a esta pregunta, porque lo que está pasando a nuestro alrededor es real e irreal a la vez. Necesitamos desarrollar nuevas formas de interactuar, no solo entre nosotros sino también con la ráfaga de información que está siendo dirigida, de forma constante. a nuestros cerebros. Necesitamos tejer nuevas historias con las ruinas y escombros que dejó el colapso de las grandes narrativas. arrasadas por el imparable ascenso de lo nuevo.

Hay algunas respuestas evidentes a la pregunta de por qué nuestro mundo se ha vuelto tan incomprensible: cuando los sistemas son interconectados, su complejidad crece de forma explosiva, y comienzan a manifestar fenómenos emergentes que no podrían haber sido previstos desde antes, porque surgen como el producto de múltiples interacciones,

algo similar a lo que ocurre al interior de nuestra mente, con nuestros pensamientos y percepciones. Esa miríada de nuevos enlaces entre aspectos previamente aislados de la experiencia humana puede conducir a una falla catastrófica de nuestra capacidad de comprensión. Pero esa es solo una parte de la respuesta, porque cualquier sistema bombardeado por energía creciente empieza a manifestar un actuar cada vez más turbulento. Su evolución futura se vuelve esencialmente impredecible. El orden se convierte en caos.

La humanidad siempre ha temido el caos, aunque ahora se ha vuelto tan común y omnipresente que quizás debiésemos colocarlo al centro de una nueva visión del mundo. Nos hemos aferrado a la idea del caos más que a cualquier otra de las metáforas que nacieron de la ciencia durante el siglo pasado, porque parece expresar y encarnar nuestra condición actual de una manera a la que ningún orden puede siquiera aspirar, sin importar cuán perfectamente equilibrado sea, cuán bello o cuán tranquilizador. Al igual que con muchos de nuestros logros más transcendentales, el descubrimiento del caos se debió a una simple equivocación —con consecuencias muy profundas—, fruto de la coincidencia entre el error de un hombre y el de una máquina: en 1961, el meteorólogo y matemático norteamericano Edward Lorenz echó a correr una simulación del clima en su computador. Su modelo era sencillo y reducía el clima a solo un puñado de variables, pero era capaz de replicar, a grandes rasgos, la atmósfera de nuestro planeta. Durante su primer intento, Lorenz introdujo a mano los números que determinaban la temperatura, la humedad, la presión del aire y la velocidad del viento, y luego la máquina realizó la simulación y registró el resultado: pero la segunda vez. Lorenz imprimió las variables, y las volvió a meter al cerebro del computador, pensando que eran los mismos números, sin saber que su máquina había redondeado las cifras —después del cuarto punto decimal— porque no era capaz de imprimir más que eso. Cuando el matemático vio su nueva simulación, esperando exactamente el mismo clima, ya que estaba seguro de haber utilizado las mismas variables, se topó con un patrón de clima completamente distinto, que no guardaba ninguna relación con el primero. Ejecutó su modelo varias veces más, y siempre obtuvo resultados distintos, hasta que finalmente detectó el error de la máquina, y tuvo una verdadera revelación: comprendió que su simulación

variaría de forma totalmente impredecible si sus condiciones iniciales eran alteradas, incluso de manera infinitesimal. Esta extrema sensibilidad, que lleva a cambios profundos, y que resulta de diferencias minúsculas que ningún ser humano podría profetizar o seguir hasta sus últimas consecuencias, ya que se requiere el inmenso poder de un computador para trazar la evolución de sistemas tan intrincados, está en el corazón del caos. Es algo que va contra todo nuestro sentido común: la sabiduría cotidiana nos enseña que los cambios pequeños tienen efectos pequeños. Pero Lorenz descubrió que para su sistema de ecuaciones lo contrario era cierto: un error minúsculo podía ser verdaderamente catastrófico. Gracias a una epifanía personal que llegó a definir buena parte de la ciencia de su época. Lorenz se dio cuenta de que nunca sería posible realizar pronósticos del tiempo que fueran exactos a largo plazo, porque el tiempo era solo una manifestación de un tipo especial de sistemas —dinámicos, complejos y no lineales— que, a pesar de ser deterministas, son imposibles de predecir. Estos sistemas caóticos, que pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos, y cuya evolución pareciera ser tan azarosa y aleatoria, no pueden ser domados por ecuaciones comunes y corrientes: requieren un nuevo tipo de pensamiento. Desde Lorenz en adelante, la ciencia ha encontrado sistemas caóticos donde sea que ha mirado. Pero el caos no es lo que parece. No es mero desorden. Hay leyes que rigen sus movimientos. Hay misteriosas formas que trazan la extraordinaria variedad de trayectorias disímiles que surge de los sistemas caóticos, atractores extraños que. al ser desplegados a lo largo del tiempo, parecen mariposas aterciopeladas batiendo sus alas, tirando de nosotros con una fuerza implacable. La teoría del caos fue la tercera gran revolución científica del siglo XX, junto con la relatividad y la mecánica cuántica, pero, como suele ocurrir con las ideas científicas cuando salen de la seguridad de su madriguera y entran en el gran coto de caza de la cultura, lo que se apoderó de la imaginación humana, lo que nos sedujo con inesperada violencia, no fue la extrema sensibilidad ante la variación de las condiciones iniciales, sino el concepto mismo de la imprevisibilidad: la noción de que nuestro mundo, nuestras sociedades, incluso nuestras propias mentes, no son fenómenos que podamos controlar del todo. El caos parece sugerir que hay algo en la esencia misma de las cosas que escapa a nuestro alcance, algo que no somos capaces de ver, sin importar qué tan lejos miremos hacia el futuro, ni cuán poderosa se vuelva nuestra mirada.

A medida que la ciencia desentraña, poco a poco, los misterios del universo, nos presenta una visión de la realidad que es, paradójicamente, cada vez más difícil de comprender. Si podemos decir que aquello que conocemos se expande a la velocidad de la luz, lo que no somos capaces de entender crece a la velocidad de la sombra; una que no es constante, sino que aumenta de forma exponencial, como la energía oscura que está desgarrando nuestro cosmos. Sin importar nuestras creencias, hoy todos desconfiamos del orden, de cualquier tipo de orden, e incluso aquellos que tienen fe han comenzado a temer que quizás Dios mismo no sea la entidad omnisciente, todopoderosa y plena de amor que nos prometieron cuando niños, sino una deidad enajenada que descarga su furia contra un mundo que no puede gobernar, aunque lo haya creado. Esta otra divinidad se parece al demiurgo de los gnósticos, un dios incompleto y fallido que ruge y violenta su creación, al igual que esos niños pequeños que destrozan aquellos juguetes que fueron, tan solo meses o incluso días antes, sus objetos más preciados, porque de pronto les parecen tristes, feos, pobres, llenos de una rencorosa nostalgia, intolerables recuerdos del tiempo perdido, de la alegría perdida, objetos inertes desprovistos de esa magia esencial que los hacía parecerían llenos de belleza, de propósito, de sentido. Una deidad trágica que ostenta el poder absoluto pero que carece de comprensión; en eso nos hemos convertido los seres humanos en el siglo XXI. Y si ese es nuestro Dios, explicaría por qué el caos y la irracionalidad se han transformado, de súbito, en caminos para adentrarnos en el mundo. También explicaría por qué peligrosos lunáticos han vuelto a encumbrarse como nuestros líderes: traen consigo la fuerza de la sinrazón, y cabalgan libremente sobre las frenéticas olas del cambio como no lo puede hacer ninguna persona con decencia o sentido común. Esos oscuros mensajeros que provienen de la parte más honda de nuestro inconsciente, esas voces distorsionadas que podemos oír chillando a nuestro alrededor… ¿son sirenas que nos llaman hacia el naufragio y la muerte? ¿Son solo idiotas llenos de ruido y furia, contando historias que no significan nada? ¿O acaso son los primeros heraldos de una nueva forma de consciencia, absurda y desprovista de sentido, que puede mirar más allá de la lógica, y de la cual quizás recibamos un mensaje que no hemos querido escuchar hasta ahora?

Todavía es demasiado pronto como para saberlo. Lo único que sí sabemos con certeza es que la realidad solo se volverá más extraña en las próximas décadas.

Al enfrentamos con la imagen incomprensible que el mundo nos está ofreciendo, tal vez podamos responder a la acuciante pregunta de Lovecraft: ¿vamos a subir hacia la luz, o vamos a retroceder, temblando, de vuelta hacia la oscuridad? Para poder decidir, no deberíamos olvidar las palabras luminosas de ese autor: «Los hombres con un intelecto más amplio saben que no hay una distinción clara entre lo real y lo irreal; que todas las cosas aparecen de la forma en que lo hacen solo por virtud de los delicados medios físicos y mentales a través de los cuales cada individuo se hace consciente de ellas; pero el materialismo prosaico de la mayoría condena como locura aquellos destellos de extrema lucidez que penetran el velo compartido del evidente empirismo.» Aunque el espectro de lo irracional siempre acechará el alma de la ciencia, al menos para mí, el llamado a las armas de Hilbert sigue siendo válido: tenemos que saber, y sabremos. Sin embargo, nunca debemos olvidar que la ciencia no es solo un método: también es un delirio metafísico, la ilusión de pensar que nuestro mundo se conforma a un orden que podemos descubrir y entender. Eso no significa que tengamos que abandonar los sueños de la razón, solo que también debemos atesorar nuestras pesadillas. pues puede ser que, como civilización, a lo único que podamos aspirar es a despertar dentro de esos sueños. Para hacerlo, quizás seria bueno recordar las lecciones que nos dejó la delirante iluminación de Philip K. Dick: que a veces volverse loco es una respuesta adecuada a la realidad, que la verdad y la locura pueden ser síntomas de la misma enfermedad y que el precio que pagamos por el conocimiento es la pérdida de la comprensión.

LA CURA DE LA LOCURA

Un hombre con la cabeza tirada hacia atrás. Un cuchillo afilado le abre la coronilla para revelar una piedra: la piedra de la locura.

El desdichado estira el cuello, se retuerce para tratar de mirar al cirujano que está de pie detrás de él, y al hacerlo sus ojos se hunden en sus órbitas, más y más y más profundo, hasta que todo lo que se puede distinguir es el blanco de su esclerótica, la boca abierta de par en par mientras grita: «¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Dios nos ve!»

Frente al hombre hay un fraile de pelo cano con la mollera tonsurada; viste una túnica de terciopelo negro, sostiene una jarra metálica en la mano izquierda y con la otra parece estar impartiendo una bendición. Lo secunda una monja que se inclina hacia adelante y apoya los codos en una mesa de piedra, finamente tallada, mientras observa la trepanación con una expresión de asco en el rostro: aunque tal vez solo sea de hastío, ese enorme cansancio que uno siente ante el absoluto sinsentido del mundo. Ella apoya su mejilla contra la palma de la mano y mantiene un gran libro forrado en cuero carmesí en equilibrio precario sobre su cabeza. la cual está cubierta por un largo velo blanco que ilumina sus rasgos severos y le cae por debajo de la cintura. La mujer no parece impresionada en lo más mínimo por la espantosa incisión que el cirujano ha hecho directamente en el cráneo del paciente; pero ¿acaso es un tulipán lo que brota de la herida?

El pobre hombre que sufre este extraño procedimiento medieval viste medias de color escarlata y una túnica con las mangas abombadas que apenas alcanza a tapar su enorme barriga. Está sentado en medio de un campo abierto, descalzo, en lo que parece ser el banquillo de una iglesia, o un confesionario partido por la mitad, y sus dedos aprietan los soportes de los brazos mientras el médico —aunque quizás sería más exacto llamarlo

torturador— lo sostiene de un hombro mientras lleva a cabo la operación, con una gran jarra de cerámica colgando del cinturón de cuero negro que le rodea la cintura, su cabeza protegida no por una gorra o un sombrero sino por un gigantesco embudo de metal que apunta directamente al cielo.

Estos cuatro personajes figuran en un pequeño cuadro que cuelga en el Museo del Prado, uno que pasa casi desapercibido para la mayor parte de los turistas, porque está expuesto al lado de *El jardín de las delicias*, un gran tríptico que es, sin duda, la obra más ¡cónica de su autor, ese incomparable maestro neerlandés, Hieronymus van Aken, el Bosco. Gracias a sus tres paneles abarrotados de escenas lisérgicas del paraíso, la Tierra y el infierno, *El jardín de las delicias* es una joya única, una rareza absoluta en el arte medieval, tan imponente que empequeñece casi todo a su alrededor, no solo en esa sala en particular, o incluso en toda la planta, sino quizás en el museo completo. El pequeño cuadro que la acompaña es más humilde en tamaño —mide solamente 48 centímetros de alto y 35 de ancho—, pero no en temática: es conocido por dos nombres. *La cura de la locura* o *La extracción de la piedra de la locura*, y representa una vieja superstición del Medioevo, la idea de que la demencia y la idiotez eran causadas por una hipotética piedrecilla que se podía alojar, o que tal vez crecía por sí misma, al interior de la cabeza. En el cuadro del Bosco, la piedra que el cirujano está tratando de extraer del cráneo del paciente ha sido reemplazada por un bulbo: podemos asumir, casi con total seguridad, que se trata del bulbo de un tulipán, porque una de esas majestuosas flores —de color almendra y casi marchita— yace encima de la mesa donde la monja fatigada reposa sus brazos fatigados. Michel Foucault escribió sobre ese cuadro en su libro *Historia de la locura en la época clásica*, y dijo que «el famoso doctor del Bosco está mucho más loco que el paciente que intenta curar, y su falso conocimiento no hace más que revelar los peores excesos de una locura que es inmediatamente evidente para todos, excepto para él mismo».

Suelo escribir sobre la locura en mis libros, y tal vez por eso. cada vez que publico, hombres y mujeres extraños aparecen en mi vida como los mosquitos después de la lluvia. ¿Acaso me ven como uno de los suyos? ¿Acaso añoran que alguien escriba elogiosamente sobre sus ideas demenciales? ¿Se sienten justificados, vistos, apreciados? ¿O sencillamente

no pueden controlarse, como les ocurre tanto a locos como a cuerdos? Uno de mis libros trata sobre varios descubrimientos científicos que desafían la lógica y que alteraron profundamente nuestra visión del mundo. Cuando apareció en librerías, varias personas me contactaron: un tipo muy entusiasta me escribió para preguntar si acaso conocía la «desmaterialización», una práctica que. según él. los mayas habían utilizado para escapar del tiempo, y que había sido redescubierta por un neurofisiólogo mexicano en los años sesenta, que un día entró a su laboratorio y desapareció sin dejar rastro; un hombre llamado John, de Vermont, Nueva Inglaterra, insistió, con vehemencia, en que leyera sus ideas, orgullosamente legas, sobre los «quarks como estructuras tetris interconectadas», las «brocas dimensionales» o la manera en que «las elípticas revelan información que permite que los universos evolucionen desde un punto»; un médico chileno de apellido alemán me invitó a tomar un café, porque estaba seguro de que yo podía beneficiarme al hablar «con una persona común y silvestre»; pero el mensaje más curioso de todos vino de una mujer, cuyo nombre omitiré por razones que se volverán evidentes.

Ella le envió un correo electrónico a mi traductor al inglés, quien rápidamente me lo mandó a mí, junto con una nota irónica: «Bueno, acabo de recibir este correo de una persona evidentemente loca.»

> Hola:
>
> Tú eres un mejor escritor que yo, y respeto tu trabajo, pero estoy teniendo algunos problemas con una persona que tomó todo lo que yo envié a una comunidad de lectura en línea, le hizo un refrito y lo vendió a gente que lo usa para «construir su marca literaria». Estoy segura de que no tienes ni idea de cómo opera esta persona, pero creo que tal vez puedas saber quién es. porque tú fuiste entrenado por la misma comunidad orientada a la seguridad. Si pudieras hacer cualquier cosa para ayudarme o aconsejarme en este asunto, te lo agradecería muchísimo. Donde sea que voy, me cierran la puerta en la cara. Esta persona hizo que reescribieran mi novela en tres versiones distintas: una fue autopublicada, la otra acaba de ser publicada por el escritor supervenías Matt Haig y otra va a aparecer en la primavera como una «novela rupturista y conceptual» de una hermosa joven que va a una escuela de floristería y que está casada

> con un hombre bastante desatento que viaja demasiado. Me comunico contigo porque la novela que acabas de traducir parece que se inspiró en algo que yo publiqué en esa comunidad literaria en línea. Claramente no fue plagiada y adopta una perspectiva diferente sobre el tema, pero he aprendido a prestar atención a similitudes inusuales y usarlas para crear hipótesis sobre cómo las ideas se propagan a través de las personas. Una de las ideas que he desarrollado últimamente es que hay un mercado negro para libros que personas como tú son contratadas para escribir, y que esos libros son vendidos a niños chilenos estúpidos y ricos que quieren parecer inteligentes. Ese no es mi problema, pero quiero que sepas que la persona que está orquestando todo esto ha robado gran parte de su materia prima de gente como yo.

Al principio, su mensaje me pareció de lo más divertido —¿era yo el niño chileno estúpido y rico que quería parecer inteligente?—, pero luego me fui obsesionando cada vez más con esa mujer. Pasé días completos mirando los videos que ha subido a YouTube. y devoré su blog con morbosa curiosidad, luego de seguir el enlace que figuraba en la parte superior de su página web:

Haga clic aquí
para ver el contenido de mi cabeza

En los artículos de su web solía incluir gráficos para rastrear las similitudes entre los puntos principales de las tramas de sus propios libros autopublicados y los de autores tan famosos como Kazuo Ishiguro; la mujer cree, fervientemente, que muchas novelas supervenías no han sido escritas por seres humanos, sino «cosechadas», manufacturadas por programas de inteligencia artificial que obtienen sus materias primas del contenido que absorben desde internet. Esto último lo hallé interesante, porque el correo electrónico que ella le había enviado a mi traductor estaba escrito de una manera tan peculiar que parecía el producto de uno de esos programas: su extraña gramática, sus delirios paranoides, sus súplicas de ayuda seguidas por esos insultos redactados de forma tan anormal… Todo se sentía

artificial y simulado. Sus videos eran la única evidencia que yo tenía de que ella era una persona real: en ellos, su rostro —es rubia, pálida, muy hermosa, ronda los cuarenta años y tiene la voz suave y los delicados manierismos de una artista de ASMR— aparece levemente distorsionado por múltiples filtros y efectos de iluminación. Sin embargo, se ve muy real, incluso más debido a su fantasía de persecución, que brilla con tanta claridad a medida que ella delira y desvaría una y otra vez sobre sus principales obsesiones: el plagio literario, las cábalas secretas, los agentes encubiertos y los operadores que manipulan el oscuro negocio de la industria editorial. Los relatos que leí en su blog también estaban llenos de paranoia, odio contra sí misma y escenas de humillación: en uno especialmente grotesco, describe a una mujer que está atrapada en un subterráneo cuya ventana da a la calle: los hombres que pasan por allí suelen mear a través de la ventana abierta, y la mujer no solo se acostumbra a eso, sino que busca, de forma voluntaria, el lugar donde caen los meados, ya que de esa forma se siente «reconocida por los de arriba». En muchos de sus posteos, denuncia lo que llama «una cultura de devoradores de la muerte» en el mundo editorial, un negocio que, en su opinión, opera como un gigantesco parásito que se alimenta de la creatividad de personas talentosas pero desconocidas, atacándolas sin que puedan defenderse, para luego dejarlas secas y vacías, con toda su energía vampirizada por sistemas de plagio automatizados. Abrumada por el nivel de maldad que ella siente dirigida a su persona y a sus novelas. incluso llega a dudar de su propia existencia, al menos en cuanto se refiere a su némesis, la industria editorial, esa horrorosa hidra de múltiples cabezas: «¿Acaso piensan que estoy muerta?», se pregunta a sí misma en un video. «¡Oigan, devoradores de la muerte!», grita, «¡todavía no estoy muerta!»

Su formación científica es lo único que le da una mínima cuota de solidez a sus delirios: según ella, fue una investigadora posdoctoral en física de aceleradores de partículas, y, de hecho, pude encontrar varios de sus artículos sobre dinámica de haces, láseres de electrones libres y la generación de armónicos por eco. Como buena científica, ella cree en los números, y advierte a sus plagiadores que no pueden escapar de la mirada fría e implacable de las matemáticas. Los números no mienten, dice, y un cuidadoso análisis estadístico ofrece pruebas incontrovertibles de que su

primera novela ha sido definitivamente plagiada, no una ni dos ni tres veces, sino más de seis desde que ella la autopublicó en Amazon en el año 2018. «Lo siento, gente de la literatura, pero existe una cosa que se llama matemáticas. Y cuando los libros y los números chocan», advierte, «¡se acaba la fiesta!» Aunque están basados en técnicas estadísticas válidas, sus análisis no son convincentes: si bien encuentra varias correspondencias importantes entre las tramas de sus novelas y las de los autores a los que acusa de plagio (afirma haber hallado doscientos ochenta puntos de similitud entre uno de sus libros y la novela *Agency*, de William Gibson), las coincidencias son demasiado generales. y podrían referirse a un sinnúmero de obras. También usa y abusa de muchas metáforas y conceptos científicos de otras disciplinas, como la neurología y la biología, en su intento por apuntalar sus quiméricas visiones —«la memoria de trabajo del ser humano solo puede recordar catorce elementos consecutivos de una trama», repite una y otra vez. como un mantra. queriendo dotar a ese hecho trivial de un poder vasto e irrefutable para poder esgrimirlo cual arma en contra de sus enemigos. Y, sin embargo, se ahoga entre ideas que están claramente más allá de su capacidad de comprensión, ideas que pega y junta de forma disímil. El resultado final de sus operaciones es un entramado que hipnotiza y confunde, un extraño hechizo compuesto por una serie de misteriosas coincidencias, datos y números que no guardan ninguna relación entre sí, los cuales amalgama para crear un orden que es extraordinariamente seductor, y que uno no puede descartar del todo, incluso a pesar de su evidente falta de sentido, gracias a su naturaleza salvaje y caótica. Un patrón emerge de los números. ¡Todo se alinea! Aunque ella es plenamente consciente de los peligros de seleccionar a dedo los datos necesarios para confirmar una hipótesis preestablecida, se rehúsa a aceptar que las similitudes en que funda sus teorías puedan ser nada más que coincidencias, o fruto de una relación espuria. Porque el orden sugiere inteligencia, las coincidencias nos hablan de una intención, y una línea recta de puntos en un gráfico señala el camino hacia una verdad innegable. Pero ¿qué pasa si un pequeño demonio o un travieso ángel del caos está dejando caer migajas para que ella las siga? ¿Qué sucede si el orden que ella ve, con absoluta lucidez, no es otra cosa que la fatalidad del azar? Siguiendo su inclinación científica, diseñó una suerte de experimento para probar una de sus hipótesis: que no solo es más sencillo y rápido crear una novela

copiando el trabajo de otro, sino que la copia puede fácilmente superar el valor del original. Para hacerlo, tomó un libro de uno de sus presuntos plagiadores —uno que, según ella, estaba completamente basado en su primera novela— y escribió una nueva versión en menos de cinco días. No sintió ningún reparo: después de todo, en su mente, ella no solo estaba copiando su propia obra, sino haciendo justicia al recuperar y rescatar sus palabras. Quedó fascinada por su «plagio a un plagiador», e incluso llegó a soñar con una saga completa de libros, una serie producida sin casi ningún esfuerzo, una enorme riqueza inexplorada sobre la cual ella tenía un derecho incontestable. ¿No es así como funciona todo en la vida, se pregunta, y no debería yo poder aprovechar los mismos mecanismos con los que me atacan mis enemigos? Porque la cancha no es pareja y el juego está arreglado en su contra: ella no tiene acceso a los programas de inteligencia artificial que los malvados editores de la industria utilizan para robar sus ideas. Esa extraña forma de escritura en la que cayó, esa culebra mordiendo su propia cola, creaba todo tipo de paradojas y bucles que se retorcían sobre sí mismos, como los que la locura favorece tan ávidamente. Después de todo, los serpenteantes caminos de la sinrazón poseen una belleza hechicera y orgánica de la cual carecen por completo las líneas rectas de la lógica y las estrictas conexiones de causa y efecto. Pero el mundo se defiende ante sus incoherencias: ella confiesa que la han echado de varios sitios web populares como Reddit y LessWrong —este último se define como una comunidad dedicada a «mejorar el razonamiento y la toma de decisiones»—. La expulsaron, sus artículos fueron denunciados y borrados o se les agregó una advertencia previa, y múltiples usuarios expresaron preocupación sobre la posibilidad de que sus ideas y teorías tomaran vuelo, debido al peligro evidente (por usar sus propias palabras) de que sus creencias paranoicas se «propaguen a través de las personas». Pero ella siempre encuentra nuevos espacios para seguir publicando, o bien se retira a la seguridad de su propio blog. donde no tiene que enfrentar críticas, ni ahogar el coro de voces que se levantan en su contra, voces que parecen concordar siempre en el mismo diagnóstico: «clínicamente paranoide».

Aun cuando niega la validez de sus críticos, ella no está totalmente desprovista de autoconsciencia: de vez en cuando, cuestiona su cordura, pone en duda sus conclusiones e incluso trata de rebatir sus propios

argumentos, aunque lo hace sin entusiasmo. Para ella, el misterio central, la única pregunta a la cual no puede hallar una respuesta satisfactoria es por qué. ¿Por qué le está pasando todo esto? ¿Por qué hay tantos autores que están copiando sus novelas? «¿Esto le pasa a mucha gente», se pregunta, «o acaso las personas que usaron mi libro como un esquema detallado para construir los suyos tienen algún motivo ulterior? No tengo forma de saberlo.» La respuesta más sencilla —que nadie la ha plagiado y que es muy probable que solo un puñado de personas hayan leído sus novelas— es algo que sencillamente no puede admitir, o siquiera contemplar. Pero eso es comprensible. ¿Quién podría juzgarla por ello? ¿Quién de nosotros no ha sentido —o aún siente— el peso de esa espada que cuelga por encima de nuestra cabeza, la terrible sensación de que somos inútiles, de que no tenemos ningún talento verdadero, y de que sin importar cuánto nos esforcemos nunca haremos algo que valga la pena o que posea belleza y valor? ¿Quién no teme ser invisible? ¿Quién no busca el reconocimiento sabiendo que, si levanta la cabeza, aunque sea por un segundo, puede convertirse en objeto de burla? Somos tantos los que escribimos con la sensación de que estamos cavando un agujero bajo nuestros pies, incluso mientras tratamos de reforzar los muros de nuestros castillos en el aire, ya cayéndose a pedazos entre las nubes. Así que no pude evitar sentir compasión por ella, incluso cuando subió un nuevo video, que vi mientras todavía estaba redactando este texto, en el cual no solo se reía de mis tatuajes, de mi pelo y de mi chaqueta de cuero sino que daba a entender que Chile, el país donde vivo, es un lugar tan atrasado y perdido en el culo del mundo que no había ninguna forma de que yo hubiera podido acceder a los libros y documentos necesarios para poder escribir mi libro. A ella le parecía inconcebible que un trabajo como el mío hubiera sido creado fuera de una institución académica, por lo que la única explicación que pudo darse a sí misma fue que yo no lo había escrito, por supuesto, sino que lo había comprado en el mercado negro para impresionar a mis padres o a mi novia.

Como sucede en casi todo lo que escribe, descubrí varias perlas ocultas entre sus muchos errores fácticos, hipótesis descabelladas y alucinaciones dementes: a la mitad de su video, ella se pregunta si acaso dos de los científicos sobre los que yo había escrito —Karl Schwarschild. el primer ser

humano en encontrar una solución exacta a las ecuaciones de la relatividad general (dentro de la cual dormitaba ese monstruo oscuro e implacable, el agujero negro) y Alexander Grothendieck, un matemático asombroso que revolucionó la geometría a mediados del siglo XX y luego desapareció en los Pirineos, donde rechazó por completo la ciencia y se lanzó de cabeza al misticismo— habían existido realmente, o si habían sido inventados por otros científicos anónimos para servir como los rostros del cuerpo de una obra que de otra forma hubiese permanecido ignorada y desconocida: «Una manera de preservar un trabajo que normalmente caería en la oscuridad es publicarlo bajo el nombre de un famoso», especula. Aunque disipar esas dudas no le habría tomado más de tres minutos en internet y, de hecho, un par de minutos más habrían bastado para encontrar las fuentes originales que utilicé en mi libro, todas disponibles en línea, ella no puede afrontar las contradicciones en su pensamiento, y se lanza adelante, siempre encontrando nuevos enemigos y nuevas formas de preservar sus delirios, arremetiendo esta vez contra mí, un total desconocido, con insultos y acusaciones ridículas, aunque bastante divertidas. Algunos de los dardos que lanzó contra mi libro me parecieron absolutamente encantadores («Parece una obra hecha por más de una persona»; «el primer capítulo suena como si lo hubiese escrito un anciano alemán»), porque, si dependiera de mí, me fascinaría convertirme en una entidad compuesta, una legión de escritores con un fuerte acento germánico que habitaran un solo cuerpo. Cuando me animé a hojear el libro que, según ella, yo le había copiado, no pude encontrar un solo hilo de la trama en común, y ni una razón (aunque la razón no es realmente la facultad que opera en este caso) para que ella me hubiese sumado al cacareo de supuestas urracas que estaba picoteando su cabeza para robarle su creatividad. A pesar de su veneno, no puedo juzgarla con dureza. especialmente porque, de vez en cuando, es capaz de escribir líneas que derrochan una belleza inquietante, como aquella que le dedicó al último capítulo de mi libro: ese texto narra el encuentro entre un hombre que sale a pasear a su perro y un matemático jubilado que dedica los últimos años de su vida a cuidar un jardín en los faldeos de la cordillera de los Andes, donde solo trabaja de noche. El destino final de ese matemático era totalmente desconocido para mí, porque nunca lo desarrollé como personaje, y lo usé solo como un recurso narrativo, pero ella lo puso en palabras de forma maravillosa; «Uno puede

acabar como un jardinero nocturno, cuya única responsabilidad es podar los retoños indeseados del árbol del conocimiento.»

Al mirar el video que le dedicó a mi libro y al leer la transcripción del audio que subió a su blog, me di cuenta de que una de las cosas más crueles que escribió parece encajarle a su propia obra como una reluciente zapatilla de cristal: «Si uno se acerca y le hace zoom al texto, son puras mentiras, ridículas mentiras, pero si uno se aleja, hay una verdad mayor que se logra transmitir, y que es muy perturbadora.» En su caso, esa verdad es que. aunque está claramente desquiciada y confundida, solo está haciendo lo que todos tenemos que hacer, especialmente hoy en día: está tratando, desesperadamente, de construir su propio sentido del mundo. En su universo privado el plagio es la fuerza dominante. Porque no son solo los escritores los que copian: según ella. Einstein robó las ideas de su mujer, Newton abusó de Hooke y de Leibniz, Planck saqueó a Ludwig Boltzmann, Galileo Galilei a Giordano Bruno, Richard Feynman a Murray Gell-Mann, y Werner Heisenberg a Emmy Noether, mientras que Erwin Schródinger, sobre quien yo había escrito, no derivó realmente la famosa ecuación que lleva su nombre, sino que se la robó a una mujer llamada Sophie Germain, quien la había inventado más de cien años antes. Debido a su implacable monomanía, para ella todas las cosas parecen ser una copia de una copia de una copia, y desenterrar el original, encontrar lo real para poder separarlo de sus innumerables duplicados y simulacros, no es meramente difícil: es imposible.

Lo que más me duele es que, al escribir esto, siento como si estuviera haciendo realidad algunos de sus delirios. Estoy tomando sus ideas, estoy usando sus palabras y las estoy remodelando para que se adapten a mis propósitos. En ese sentido, la estoy traicionando. Mi único consuelo es que ella se acercó a mí, le escribió a mi traductor, por lo que este diálogo —que es, lo admito, más bien unilateral— fue iniciado por ella. La forma que toma su paranoia es interesante pero fácil de refutar: aunque su delirio está apuntalado por los métodos y las metáforas de la ciencia, su uso irresponsable de los números y su compulsión por tejer teorías extravagantes, que se derrumbarían bajo cualquier análisis serio, hablan de una mente que se está desmoronando y que se descarga contra hombres y mujeres de paja. Sin embargo, ella no es la primera —ni será la última— en

usar la ciencia como una muleta. ¿Cuántas personas, cuántas organizaciones, empresas y gobiernos han depositado una confianza ciega en los números, y creído en la solidez de los «datos duros», incluso mientras recorren un camino de locura? Demasiadas como para mencionarlas. Yo sabía perfectamente que tenía que olvidarla y alejarme, pero, por mucho que lo intenté, no pude dejar de pensar en ella. ¿Había alguna forma de ayudar a esa mujer? ¿Se había sometido a algún tipo de tratamiento? ¿Y qué pasaba con su familia? ¿Cómo lidiaban ellos con su delirio? En su blog. había escrito sobre su esposo y sus hijos, y sobre vecinos con quienes compartía sus textos, pero ¿cómo podía saber yo si eran reales? Pensé en contactarla, pero me aparté de ese deseo de inmediato, asustado de que su locura pudiera invadir mi mundo de alguna manera, como ya había infectado mis pensamientos. Después de todo, la locura es parte de mi familia. Mi bisabuelo acabó en un manicomio. Mi abuela seguramente fue bipolar. Se tiró por la ventana de su departamento, desde un noveno piso, cuando yo tenía ocho años, pero no me hablaron de su suicidio hasta que cumplí los veintitantos, tal vez porque mi padre pensó que la pulsión suicida podía ser contagiosa. Y quizás no estaba tan equivocado: si bien yo nunca sospeché que hubiera nada extraño en su muerte, poco después de su funeral comencé a tener pesadillas en las que yo me lanzaba al vacío desde lo más alto de un edificio. No sé lo suficiente como para poder diagnosticarla, pero cuando pensaba en esa extraña escritora, atrapada en su psicosis, descargando su rabia y frustración contra el mundo, veía imágenes del cuadro del Bosco. *La cura de la locura*, en mi imaginación, y me preguntaba qué haría yo si tuviera el bisturí del cirujano en la mano y su cabeza frente a mí. ¿Acaso le cortaría la piel? ¿Me atrevería a perforarle el cráneo para tratar de llegar a su mente enferma y eliminar la raíz de la locura que crecía allí? Y si lo hiciera, ¿serviría para algo? ¿Disponemos de algún remedio eficaz para sus problemas, o debemos conformarnos con el feroz equivalente moderno de la trepanación que aparece en el cuadro del Bosco, ese río de drogas y químicos con que inundamos el sistema nervioso de tantas mujeres y hombres que habitan los bordes de la razón en nuestro vano intento por domar las quimeras de la paranoia, las fantasías de los dementes y la bestial imaginación de los desquiciados? ¿Podremos algún día extraer la piedra de la locura? ¿Seremos capaces de desenraizar ese bulbo maligno por completo, mediante algún

proceso físico o psicológico? Con respecto a esto, debo concordar con Foucault: intentarlo es una señal de delirio, de que la razón está sobrepasando sus fronteras, de que la ciencia y la medicina están extraviándose más allá de sus límites, porque si alguna vez lo lográramos solo estaríamos amputando una parte fundamental de nosotros mismos.

Aunque quizás nos esté engañando el título de ese cuadro. Quizás el cirujano no está extrayendo una piedra, sino implantando algo: un tulipán, una flor que, cuando germine del todo, brotará de la frente del paciente, elevándose por encima de su largo tallo sin hojas; una flor que, al abrir sus pálidos pétalos de cera, traerá los frutos de la locura —tan fértiles y venenosos— de vuelta a nuestro mundo, ascendiendo desde las profundidades donde los hemos intentado ocultar, de regreso a la luz a la que sin duda pertenecen, floreciendo desde ese abismo donde la razón ha decidido desterrar todo lo que no podemos entender, todo aquello que no queremos aceptar, cualquier cosa que nos recuerde que nosotros, que hemos sido capaces de conquistar la faz del planeta. que nos hemos sumergido en el abismo del océano y que hemos viajado más allá de la atmósfera hacia el vacío de las estrellas, contenemos, sin embargo, una legión de ángeles y demonios que nunca estarán bajo nuestro control, sin importar hasta dónde alcance nuestro progreso, ni qué tan alto vuele la civilización. La fragilidad, el genio, la creatividad y la irracionalidad nunca dejarán de hostigarnos, siempre estarán allí para seducimos y embrujarnos, serán deleite y tormento, porque nos muestran nuestros múltiples rostros, no solo la profunda oscuridad de la depravación, sino también la naturaleza casi milagrosa de aquello que consideramos normal, cotidiano y miserable: el sentido común. Aunque no cabe ninguna duda de que corremos un gran peligro al dejar que los espíritus de la sinrazón galopen fuera de control, libres y salvajes, tampoco podemos exorcizarlos del todo, porque sin ellos no solo seremos más pobres en muchos sentidos; sin ellos puede que no sobrevivamos.

Al leer las palabras de aquella triste mujer y escuchar su voz susurrante, no pude sino pensar que acaso nuestras vidas ultra—conectadas nos están conduciendo a un nuevo tipo de trastorno, una forma de locura contagiosa que se está colando poco a poco en el mundo, erosionando la delgada barrera que separa la realidad de la fantasía, la ficción de la no ficción. Hoy

por hoy, tanto el paisaje creado por nuestros medios de comunicación como nuestras experiencias cotidianas parecen estar siempre nublados, teñidos de una cierta desconfianza, la extraña sensación de que el mundo ha perdido algo esencial. Sin embargo, mi propia vida me ha enseñado que no es bueno cuestionarse demasiado ese tipo de cosas, o pensar mucho en ellas, así que después de mi breve obsesión con esa mujer decidí simplemente olvidarla y volver a concentrarme en mis propios escritos, especialmente porque en la biografía que incluye en su blog ella deja muy claro que también tiene dudas sobre su cordura: «Tal vez estoy loca», escribe. «Apuesto a que si la persona que yo fui hace veinte años viera mis videos, concluiría que he perdido la cabeza.» Dejé de leerla y traté de purgar su imagen de mis pensamientos, pero un día. por pura y santa casualidad, me topé con una noticia publicada por el diario *The New York Times*.

¿POR QUÉ DIABLOS ESTÁN ROBANDO MANUSCRITOS DE LIBROS INÉDITOS?

> Una estafa de *phishing*, sin motivo ni ganancia aparente, dirigida contra autores, agentes y editores grandes y pequeños desconcierta a la industria editorial.

El artículo advierte sobre una misteriosa operación de *phishing* que afecta a toda la industria editorial. Detalla la forma en que no solo autores supervenías como Margaret Atwood e lan McEwan, sino también escritores desconocidos, e incluso inéditos, fueron engañados de múltiples maneras para que compartieran o entregaran sus manuscritos.

Lo más sorprendente es que, hasta el momento, esos manuscritos robados no han aparecido en el mercado negro o en la deep web, y nadie ha exigido pago o recompensa alguna a cambio de devolverlos. ¿Quién estaba haciendo todo eso? Y más importante aún: ¿por qué? El artículo no ofrece respuestas.

Inmediatamente pensé en mi misteriosa mujer. ¿Qué habrá sentido al leer la noticia? ¿Fue acaso una victoria personal, el mundo finalmente alineándose con sus delirios? ¿O tuvo el efecto contrario, la terrible confirmación de sus peores miedos, y la prueba irrefutable de que las oscuras fuerzas empeñadas en destruirla son absolutamente reales? Nunca

lo sabré. Aunque he pensado en contactarla muchas veces, sé que es mejor dejarla tranquila, porque en todo este asunto no logro distinguir quién es el médico, quién el monje, quién el paciente, quién la monja y cuál de todos nosotros carga la piedra de la locura en la frente.

Document Outline

- LA PIEDRA DE LA LOCURA
  - LA EXTRACCIÓN DE LA PIEDRA DE LA LOCURA
  - LA CURA DE LA LOCURA